

WEBER Y FOUCAULT

*Oscar Fernández González**

Al finalizar su curso impartido en el año de 1983 en el Collège de France, Foucault sostiene que su esfuerzo por continuar lo que él llama una ontología de la actualidad, una reflexión filosófica centrada sobre el presente que se produce y que –según Foucault- inauguró Kant, incluye no solo a Hegel y a la Escuela de Franckfurt sino que pasa también por Nietzsche y desemboca finalmente en la obra de Max Weber¹.

Esta amalgama teórica, prestigiosa y diversa, sorprende a Jürgen Habermas, quien había visto antes con recelo la orientación teórica asumida por Foucault. Unos años después y muerto ya Foucault, Habermas, en un texto memorable titulado "Apuntar al corazón del presente", manifiesta su relativo desconcierto frente a esa afirmación².

Frente a la duda abierta y explícita de Habermas, intentaremos mostrar, brevemente, algunos rasgos de ese parentesco teórico, que de alguna forma podría haber ligado a Weber y a Foucault, sobre todo en lo concerniente a ese difuso tema del poder³.

La comparación que intentaremos, no por inusual carece de interés. Hay que tener en cuenta que ambas figuras ocupan posiciones cimeras, en distintos momentos, en el campo de la reflexión sobre el poder. Weber, "ese Machiavelo de Heidelberg" como lo llamaba con profunda simpatía Aron, fue sin duda el más importante sociólogo político de la primera mitad del Siglo XX, mientras que, como lo ha afirmado Sheldon Wolin, el célebre filósofo político de Princeton, quizás nadie contribuyó tanto a aclararnos el funcionamiento del poder como lo hizo Foucault durante esa otra segunda mitad del Siglo XX.

Si de comparar se trata, pues, la pregunta que nos planteamos puede ser claramente enunciada: ¿En qué medida Foucault continúa o modifica a Weber en

* Escuela de Antropología-Sociología, Universidad de Costa Rica.

¹ Michel Foucault, "Un cours inédit", Magazine littéraire, No. 207, avril 1984, p. 39.

² Jürgen Habermas, "Apuntar al corazón del presente" en: David Couzens (comp.) Foucault, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1988, p. 120.

³ Algunas de las ideas que aquí desarrollamos fueron inicialmente esbozadas en el artículo sobre el vocablo "Poder" que fue incluido en la segunda edición del Diccionario Electoral, Tomo II, publicado por el Instituto Interamericano de Derechos Humanos, San José, 2000, pp. 1000-1007. En ese artículo suministramos las referencias bibliográficas precisas de las citas que en esta intervención hemos incluido.

relación con el tema de la naturaleza o del funcionamiento del poder? Foucault mismo se inscribe, como él mismo lo afirma, en una tradición de pensamiento que incluye a Weber como figura notable. A Habermas no le resulta tan claro ese parentesco. A partir de esa aparente paradoja podemos quizás reformular nuestra pregunta en términos más sencillos: ¿Hay continuidad o hay ruptura entre Foucault y Weber en relación con el tema del poder?

Por nuestra parte, sostenemos que hay de lo uno y de lo otro. Que hay notables coincidencias e importantes diferencias entre ambos planteamientos. Que el parentesco no es tan próximo quizás como lo supone Foucault ni tan remoto como lo insinúa Habermas.

Comencemos entonces por esas posibles coincidencias: ambos se distancian de lo que podríamos llamar una teoría sustancialista del poder, que arranca con Hobbes y que se prolonga indudablemente en la obra de Bertrand Russell. En esa tradición sustancialista de representarse el poder, este aparece simplemente como algo de lo que se dispone o de lo que se carece. Para Hobbes, en *El Leviatán*, el poder no es sino "el medio presente para obtener algún futuro y aparente bien". Bertrand Russell es todavía más gráfico, cuando en su obra titulada *Power* lo define "como una especie de quantum que puede ser, entre otras cosas, transferido, distribuido o eventualmente arrebatado".

I) Tanto Weber como Foucault, cada uno a su manera, realizan un esfuerzo por desustancializar el poder y analizarlo en términos de acciones o de prácticas. Weber, fiel exponente del individualismo metodológico, remite el poder a las interacciones individuales y a las expectativas de los individuos, que fundan, al final de cuentas, la probabilidad de su realización. Foucault, crítico feroz de la noción de sujeto, centra más bien su atención en los dispositivos históricos y culturales y en las estrategias globales que hacen posible tanto el ejercicio como la resistencia frente al poder.

II) Ambos subrayan el carácter relacional del poder. Para Weber, hay relación de poder cuando algunos logran que otros hagan lo que los primeros quieren, aún sin contar con el consentimiento de los segundos. Para Foucault, hay poder cuando algunos actúan sobre las acciones de otros o sobre el campo mismo de sus posibles acciones.

III) Weber y Foucault muestran, mediante sus respectivos análisis históricos, que las relaciones de poder están inscritas de manera múltiple y diversa en el ámbito de lo social. En ambos casos, la política no agota en modo alguno el ejercicio del poder. Si en Weber la política aparece

designada como la lucha por conquistar la posibilidad de ejercer de una forma determinada el poder, en Foucault el poder atraviesa los recintos más secretos e íntimos de la vida social y antecede y desborda los límites formales de las figuras que adquiere el poder.

IV) Sin embargo, tanto Weber como Foucault prestan especial atención a la estatización o disciplinarización del poder. Weber caracterizando magistralmente la aparición y el desarrollo de los Estados Modernos y la consecuente monopolización del ejercicio de la violencia legítima, y Foucault, por su lado, investigando las diversas estrategias de dominación y control que confluyen en lo que él llamaba vagamente un poder pastoral, que intenta o logra no solo el sometimiento de los cuerpos, sino también de las conciencias.

V) En ambos casos, tanto en la obra de Weber como en la de Foucault, el poder no aparece representado bajo el ropaje jurídico de la prohibición. El poder no solo prohíbe sino que también –y quizás sobre todo– produce o induce conductas y acciones que no se reducen a la simple inhibición.

A pesar de esas coincidencias que someramente hemos querido subrayar, la tarea estaría incompleta si no intentáramos diferenciarlos en sus énfasis particulares, en sus enfoques originales o en sus intereses teóricos más o menos divergentes.

I) Si bien es cierto que Weber abandona esa interrogante a la que habían tratado de responder los filósofos políticos modernos desde Hobbes a Rousseau, referida a la contractualidad fundante del poder, Weber continúa preguntándose, desde una perspectiva más claramente sociológica en torno a los fundamentos legitimadores del poder. ¿Cuáles son las fuentes de la legitimidad del poder? ¿Qué creencias hacen que el poder en su ejercicio resulte aceptable o no? ¿Qué lo hace al final de cuentas tolerable o necesario?

Para Foucault sin embargo el problema es otro. Su interés reside en el análisis preciso del funcionamiento del poder. Lo importante es preguntarse no ya qué es el poder, sino más bien cómo se ejerce: de qué maneras se asocian saberes y poderes, mediante qué dispositivos se precisan las relaciones de poder en las prisiones, las escuelas, los hospitales o los asilos. Se trata pues de caracterizar esas diversas tecnologías del poder. Sin excluir la caracterización de esas estrategias de dominación que van adquiriendo forma gracias al ejercicio

localizado del poder, Foucault no abandona nunca su pretensión original de plantear una novedosa microfísica del poder.

II) No hay duda de que Weber se representa el poder como una acción efectiva o como una expectativa de acción. Para él, el poder consiste en lograr que los otros hagan lo que queremos que hicieran incluso contra su voluntad, y esperamos que lo hagan no solo ahora sino después. Para Weber, por consiguiente, las relaciones de poder son siempre interindividuales: solo los individuos actúan y solo ellos pueden actuar.

Foucault omite esa referencia individual. El poder designa así una situación estratégica compleja. Es en ese espacio complejo de fuerzas en el que los individuos se ven implicados o envueltos. Así lo formula Foucault en su célebre ensayo sobre la *Volonté de Savoir*. La desustancialización del poder se hará aún más acentuada en su esquemático artículo sobre “El sujeto y el poder”, publicado unos años después. Allí Foucault precisa su definición del poder según la cual este no es más que una “acción sobre una acción o sobre el campo posible de acción”, y gobernar –para él– no es otra cosa que “conducir conductas”. En esto parece coincidir con Weber, pero sin esa referencia a los individuos como actores a la que Weber hace clara mención.

III) No es exagerado afirmar que para Weber la política aparece en la medida en que se busca conquistar o ejercer el poder en el espacio de un territorio. El estado moderno monopoliza la violencia legítima en ese territorio. La dimensión espacial tiene importancia para Weber en tanto constituye el asiento necesario del poder estatal. En los límites de sus fronteras, el Estado moderno ejerce su poder como asociación legítima: un solo ejército, un ordenamiento jurídico de acatamiento obligatorio y universal para sus ciudadanos y una burocracia racional para hacer efectivo el cumplimiento de la ley.

Para Foucault, la relación entre el ejercicio del poder y la dimensión espacial resulta más estrecha. En su célebre análisis sobre la forma en que el ejercicio de la tortura pública exhibía el ejercicio del poder punitivo hasta mediados del Siglo XVIII, Foucault intenta mostrar cómo el poder se inscribe cruelmente en los cuerpos y busca la exhibición de la pena para lograr el escarmiento. Un cambio de estrategia importante se opera a finales de ese siglo. Jeremy Bentham propone

su figura arquitectónica del panóptico, cuyo diseño va a ser utilizado en múltiples instituciones del encierro asilar y carcelario: hospitales, escuelas, fábricas, manicomios y prisiones. Se trata ahora de ejercer efectivamente la vigilancia: un vigilante colocado en un anillo central, capaz de poder controlar a los reclusos que se encuentran ubicados en celdas individuales en un anillo circular exterior. El vigilante puede verlos, ellos pueden ver al vigilante pero no pueden verse entre sí gracias a la segmentación cuidadosa de ese anillo en el que se encuentran instalados. El poder se inscribe claramente en el espacio arquitectónico para asegurar la vigilancia y la normalización. La figura polivalente del panóptico representa así el desarrollo de una nueva estrategia de poder que adquirirá una importancia creciente en las sociedades occidentales modernas.

IV) Weber es quizás más pesimista que Foucault. La racionalización occidental entendida en Weber como desencanto frente al mundo y a la naturaleza, ha significado no solo el desarrollo del cálculo y la ciencia, sino que también se ha traducido en la expansión abarcadora de la dominación racional, de la burocracia como predominio de la ley y de la regla. Los ámbitos de acción claramente delimitados y estatuidos producen, como contrapartida, una rutinización amodorrante que extingue el deseo de innovación y de cambio y nos introducen casi imperceptiblemente en lo que Weber llamaba, con pesar, una gran jaula de hierro, adonde las erupciones carismáticas, capaces de despertar el entusiasmo y la adhesión por el cambio, se hacen cada vez menos frecuentes y efectivas.

Foucault, por su lado, no dejaba de diagnosticar lo que él denominaba la extensión y profundización en nuestras sociedades contemporáneas de un verdadero poder pastoral, gestado originalmente en el medio eclesial y asumido progresivamente por los poderes públicos que se ocupan tanto de la salud del alma como del cuerpo, de todos y de cada uno.

Sin embargo, frente a esta normalización creciente, resultado de un esfuerzo por penetrar y regular las conciencias, Foucault postula una contrapartida que a veces resulta difícil de identificar, pero que luego adquiere los rasgos inconfundibles de la resistencia al poder. Foucault lo reitera inequívocamente: la resistencia acompaña necesariamente al ejercicio del poder como su sombra y su condena. Allí donde haya poder hay siempre resistencias, aunque su éxito o su desenlace –no hay que dejar de subrayarlo– no puedan estar en modo alguno asegurados.